

# El P. Jerónimo Montes en la Penología Española

POR

JOSE MARIA LOPEZ RIOCEREZO, O. S. A.

## SEMBLANZA DEL P. JERÓNIMO MONTES

Santamente como había vivido, con la paz invariable de los que mueren en el Señor, llenó de prestigio y merecimientos, y en una tarde del 22 de junio de 1932, rendía su último aliento y volaba a la eternidad el alma grande y generosa del P. Jerónimo Montes, una de las figuras más insignes de nuestros días, conocido en todos los centros de estudios jurídicos, y respetado por el profesorado español de las más diversas tendencias ideológicas por su sabiduría y competencia, evidenciadas en una labor fecunda, cuyas características más sobresalientes fueron la selección y la hondura.

La ciencia perdió con él a un sabio en toda la extensión de la palabra. Sabio con la sabiduría de los verdaderos amantes de la ciencia, trabajador infatigable, sembrador de doctrinas jurídicas, erudito prócer en materias jurídico-penales, admirado y ensalzado por propios y extraños y finalmente, tenido como autoridad máxima entre sus colegas, y en todos los grandes centros universitarios, Aca-

demias e Instituciones científicas de Europa y América de Antropología Criminal.

Patriota ejemplar, con la misma acerada pluma candente que buriló en muchos corazones las glorias y las infamias de nuestras últimas desdichas coloniales y la psicología tan compleja del mundo político de aquellos días de abrumadora pesadilla, grabará más tarde, como él sabe hacerlo, en muchos ánimos olvidadizos el verdadero concepto de patria, con sus novelas histórico-psicológicas «*El alma de Don Quijote*», «*El Destino*» y «*La Justicia humana*», y donde nos pinta y describe con profusión de detalles las inútiles heroicidades de nuestro valiente y sufrido ejército por sostener y conservar lo que hijos bastardos y gobiernos indolentes y sin conciencia, vilmente ponían en manos de nuestros enemigos.

También las almas sentirán la ausencia de uno de sus mejores consejeros y maestros, poseyendo como pocas aquellas dotes admirables que la gran santa de Avila deseaba ver en todo director de conciencias, y que tan maravillosamente supo estampar en las hermosas páginas de «*Redención moral de la juventud*». La Orden Agustiniiana perdió con él una de sus más relevantes personalidades y de valor positivo. «Uno de esos hombres excepcionales de austeridad y comprensión» (1).

Tal como su muerte había sido siempre su vida: recatada y silenciosa, recoleta, pacífica y sencilla, enemiga instintivamente de ese alborotado tumulto en que bullen las codicias con el aplauso y las ambiciones de celebridad. «Auténtico religioso. Jamás su figura menuda y cetrina se exhibió en salones ni se parapetó tras la reja de un confesonario para escuchar a la elegante pecadora que pide al confesor consejos mundanos en vez de remedios divinos» (2). Consagrado por completo a la labor asidua y

(1) Jiménez de Asúa, Luis: Necrología del P. Montes. (Rev. de Derecho Público, núm. 9, 15 de septiembre de 1932, págs. 257-259.)

(2) Idem, ob. cit.

solitaria de la erudición y de la investigación histórica, alcanzó un prestigio internacional como penalista y criminólogo.

Ejemplar perenne y edificante de perseverancia en el trabajo, como deber ineludible y ejercicio que santifica y redime, bien podemos decir de él que, con la pluma en la mano y el documento de estudio ante los ojos, sorprendió la muerte «a este hombre de consumada prudencia, de gran elevación de miras, de seguro e ilustrado criterio y de entendimiento clarísimo, cuyo nombre sonaba ya dentro y fuera de estos muros escurialenses, como autor de libros interesantísimos y valiosos que le abrieron las puertas de todos los Centros de Cultura» (1).

Había nacido en Matanza—León—el 30 de septiembre de 1865 y profesó en el colegio de Valladolid el 16 de octubre de 1883. Terminada la carrera eclesiástica en El Escorial, regresó a Valladolid, en cuya Universidad cursó la de Leyes, obteniendo la Licenciatura en dicha facultad el 1891; más tarde, el 1902 se doctoró en la Universidad Central de Madrid. El 20 de julio de 1892 se le concedió el título de Lector de Provincia, siendo ya entonces profesor en el Real Colegio de Alfonso XII (El Escorial), de donde se trasladó al de Estudios Superiores de María Cristina, inaugurado ese año. A partir de esa fecha continuó sin interrupción su carrera de profesorado. En el 1895 quedó afiliado a la Provincia Matritense, de la que fué elegido Definidor en el Capítulo de 1912 y reelegido en el mismo cargo en el 1916. En 1908 se le había nombrado Rector de este Colegio de Estudios Superiores, cargo que declinó a los pocos meses, consciente de su carácter en extremo indulgente y bondadoso, ya que enfrascado en los estudios ignoraba las pequeñeces y menesteres de la vida cotidiana. Desde el 15 de agosto de 1909 era también Maestro en Sagrada Teología, y en el mismo

(1) Sánchez Tejerina, Isaías: «Un gran penalista español, el padre Jerónimo Montes». (Rev. La Ciudad de Dios, 1944, pág. 159.)

año fué nombrado ponente en dos secciones para el Congreso Penitenciario, que se celebró en Valencia. En 1903 ocupó el cargo de Secretario Provincial y Definidor suplente, y en 1920 es designado para representar a la Provincia, en el capítulo general de ese año en Roma.

Hombre de sólida virtud, clara inteligencia y asiduo trabajo, se había conquistado un gran prestigio en la difícil tarea de tratar, enseñar y encauzar jóvenes que por sus años críticos no admiten fácilmente la coyunda de la disciplina ni se entusiasman demasiado con los estudios.

Profundo conocedor de las ciencias penales, a cuya enseñanza se había consagrado por muchos años, figuraba en la categoría de los profesores que saben ceñirse a la materia, condensarla en amplias síntesis, poner rápidamente a sus alumnos en posesión de las directrices esenciales de la asignatura, facilitar su trabajo y despertar de ese modo su interés y afición por una de las ramas del Derecho más amplias y complejas.

A partir de la fecha de su entrada en el profesorado, raros serán los volúmenes de la Revista agustiniana «*La Ciudad de Dios*» en los que no figure su firma al pie de trabajos, acogidos siempre con gran aplauso, principalmente por la crítica extranjera, y apreciadísimos por el profesorado de nuestras Universidades, que le nombran colaborador nato de la mayoría de las Revistas de Ciencias Jurídicas y Sociales.

El alumbró, con constancia verdaderamente benedictina, la riquísima cantera que guardaba intactos los tesoros de la ciencia penal pródigamente lanzados al surco por nuestros grandes teólogos y juristas del Siglo de Oro, y de aquel cúmulo de materiales, completamente ignorados por nuestros hombres de ciencia, fueron surgiendo «*Los principios del Derecho penal según los escritores del siglo XVI*» (1903), «*Los Precursores de la ciencia penal en España*» (1911) y «*El Crimen de herejía*» (1918), que despertaron la afición al estudio de nuestras instituciones pe-

nales históricas, repercutiendo aún en el ambiente oficial, y que han de ser punto de partida indispensable para escribir la historia de tan importantísima rama de nuestras ciencias jurídicas. Antes ya había publicado su libro titulado «*La pena de muerte y el derecho de Indulto*» (1897), junto con una serie de variados e interesantes trabajos de investigación científica y múltiples monografías, que tanto por la originalidad de su pensamiento, como por su amplia y extensa cultura al par que rica y bien ordenada documentación, y, sobre todo, por el modo atrayente, criterio objetivo y cala honda con que enfocaba siempre los problemas, le situaron a la cabeza de los cultivadores de la Ciencia Penal y de estudios de criminología.

Como profesor del *Derecho Penal*, en teoría nos queda su apreciadísimo «*Derecho Penal Español*», verdadero modelo de obras didácticas, estudiado en no pocas universidades españolas y americanas durante algunos lustros y del cual haremos un detenido análisis. En la práctica, mucho más de lo que nosotros pudiéramos decir, lo afirman las frases de respetuoso y sincero cariño, que con motivo de su muerte le dedicaron sus innumerables discípulos en centenares de cartas, telegramas y escritos, que son una verdadera corona póstuma al sabio y, sobre todo, al hombre bueno, de rectitud intachable, que bajo las apariencias de una rígida e imponente seriedad, encerraba un alma de niño, abierta a las sanas expansiones de la verdadera y sana amistad. Con muchísimo gusto y como corroboración de cuanto venimos exponiendo, reproducimos las sentidas palabras del sabio escritor y Catedrático de la Universidad Central, don Isaiás Sánchez-Tejerina, que como homenaje delicado y fervoroso dedica a su antiguo Maestro en las aulas escurialenses, P. Jerónimo Montes, del que fué adelantado y queridísimo discípulo: «El Padre Jerónimo Montes, antes que ninguna otra cosa, era un hombre bueno... su recuerdo después de su muerte se convierte en devoción fervorosa; por eso, uno de tus

discípulos hoy te recuerda con más veneración que nunca, porque los afectos son así, más firmes y duraderos, cuanto más hondas tienen sus raíces. En tu celda de agustino, sencilla y clara, como tu espíritu, construiste una ciencia verdadera; no buscabas como el falso maestro *lo nuevo*, sino *lo verdadero*, y cuando se procede así, la verdad brota de nuestra pluma o de nuestra palabra como algo lógico y natural.» (1).

Y recordando lo *de salutem ex inimicis nostris*, copiamos estas otras que el líder socialista, Jiménez de Asúa, publicó en la «*Revista de Derecho público*», a raíz de la muerte del sabio agustino, cuya necrología, respetuosa por cierto, no está tampoco exenta de intemperancia a la calidad religiosa de quien fué amigo suyo. «Este frailecito, bueno y respetuoso, pasó su vida en la Biblioteca del Monasterio escurialense con los viejos textos de los autores españoles de los siglos xv, xvi y xvii. Sus mejores trabajos allí se compusieron. Había viajado en sus días juveniles, y ya bien adulto quiso permanecer en la residencia agustiniana de Alemania para ponerse al corriente de la bibliografía tudesca. Cuando más viva era la polémica en torno a la Constitución (1931) hube de platicar con él. Ni una frase alusiva al instante, ni una palabra referente a la política.» (2). Finalmente, no olvidemos que el tristemente célebre señor Azaña, discípulo aventajado del P. Montes, en su libro «*El jardín de los frailes*», no se atrevió con su Maestro, porque el saber y la virtud se impusieron, una vez más, al cinismo y malicia del tildado escritor, confesando, incluso, en sus mejores tiempos, que era un gozo conversar con él, oír sus consejos y aprender de sus labios los últimos avances de la ciencia.

Los que le conocieron y trataron no necesitarán de esta

(1) Sánchez-Tejerina, Isafas: obra citada. (Rev. La Ciudad de Dios, 1944.)

(2) Jiménez de Asúa, Luis: obra citada.

semblanza, porque otra mejor brotará de sus recuerdos; ya que la figura del P. Montes era de ésas que impresionan desde el primer instante, dejan huella en las almas y no se borran jamás. Conocerle y amarle, era todo uno. Sus amigos se contaban por legión; sin buscarlos, le buscaban; y él supo regar siempre con esmero el árbol de la amistad, cuyos frutos nunca recogió para sí, sino para cuantos de él frecuentemente necesitaban.

A pocos mejor que al P. Montes podría aplicarse el *sortitus est animam bonam*, de Salomón. Y si hubiera de sintetizarse su vida en una frase, sería ésta: «Fué siempre un niño anciano.» Anciano en su niñez y niño en la ancianidad. Niño por el candor, la naturalidad, la sencillez; niño por la curiosidad de saberlo todo, de investigarlo todo; niño, en fin, hasta en las portadas de sus obras científicas, siempre corrientes y sencillas sin reclamos ni rótulos externos que pudieran servir de exhibición a los demás, si bien es cierto no necesitaba de tales aditamentos para pasar honrosamente a la posteridad, bastándole el nombre de su autor.

Por eso llegó el P. Montes a conquistar el respeto, la veneración y el cariño entre sus hermanos de hábito, al ver siempre en él «seriedad de asceta, alteza de miras, mortificación callada, conducta irreprochable, trabajo asiduo y desprendimiento generoso» (1).

No significaba esto que las pasiones humanas dejaran de bullir en su alma. De penetración rápida y seriedad imponente, a veces, le punzaban las flaquezas, la tardanza en comprender y la volubilidad en otros, contrarias a las cualidades armónicas de su espíritu noble que, si bien sufría viendo desfallecimientos en los prójimos, lograba pronto remontarse a la contemplación de «en la casa de mi Padre hay muchas moradas» para ahogar en su gar-

(1) Rodrigo, P. Julián, O. S. A. (Rev. Vergel Agustiniño, julio de 1932, pág. 308.)

ganta una frase punzante y no herir la susceptibilidad de nadie, ni los encantos de la caridad fraterna.

Ese mismo trabajo metódico y constante, apoyado en el talento y la virtud, y dirigido a la mayor gloria de Dios en todo y para todos, le abrió los campos áridos de la ciencia penal y los jardines frondosos de la novela histórica y del cuento, llegando a culminar en ambos géneros con verdadera maestría.

Unos alaban en él la bondad, otros el variado saber, afirmando que en una hora de conversación con el P. Montes se aprendía más ciencia jurídica que en semanas enteras de bibliotecas; pero él no daba importancia a lo que sabía, como tampoco la daba a sus buenas obras. Con la misma facilidad prodigaba el bien, difundía la erudición para que otros se aprovecharan de ella, pudiendo decir de sí mismo: «Lo que gratis aprendí, sin envidia comunico.» El, sin embargo, hacía más hincapié en la vida espiritual que en la vida intelectual. La ciencia en él sólo era un auxiliar de la virtud, un medio de emplear bien el tiempo y acercarse más a Dios. Como el sapientísimo Ampere, autor de tantos descubrimientos científicos, el P. Montes en sus trabajos de investigación e históricos, podía decir, y desde luego practicaba, esta doctrina confortante que le pone de manifiesto: «¿Qué son todas las ciencias, qué son todos esos descubrimientos y esas vastas concepciones que el mundo admira? Sólo la verdad de Dios permanece para siempre. Si tú me nutres de ella serás inmortal como ella. Trabaja mientras tanto y estudia, pero con espíritu de oración. Estudia las ciencias de este mundo, pero no las mires más que con un ojo; que el otro esté constantemente fijo en la Luz Eterna. Escucha a los sabios, pero no los escuches más que con un oído; que el otro esté siempre atento a recibir las palabras de tu Amigo celestial! No escribas más que con una mano; que la otra esté siempre asida al ves-



tido de Dios, como un niño se sujeta a los vestidos de sus padres.»

La investigación, en todas sus manifestaciones, fué con preferencia el campo de cultivo del P. Montes, quien teniendo aientos y cualidades sobradas para emprender obras propias en el campo de la novela y de la historia, no sé por qué clase de ingénita modestia, quiso más bien dedicar su inmensa erudición, sus trabajos y desvelos, a continuar, pulir, perfeccionar nuestra remota ciencia penal, descubriendo, publicando y anotando las ideas punitivas de nuestros antiguos juristas españoles de los siglos xv, xvi y xvii.

## II

### EL ESCRITOR

Si la personalidad del P. Montes se destaca con singular relieve en el campo de las ciencias jurídicas, se revela también como publicista de valía en el cultivo de la novela. En este aspecto descuellan sus cualidades de escritor fácil y rico de expresión.

El asunto de sus obras novelescas es histórico y de actualidad, que su autor desenvuelve con maestría en la creación de caracteres y en el manejo del diálogo, siempre oportuno y en consonancia con el papel que representan los personajes. El título de una de ellas es la *Justicia humana*, obra densa, fresca y clara, ceñida a la más rigurosa disciplina de creación y honradez artística, y en la que se refleja el temperamento del autor con características bien definidas y convicciones profundas. Harto comentado este original libro, llega al Parlamento el eco de la publicidad lograda y es Salillas y Salvador Giner quienes fórmulan acerca del mismo comentarios en extre-

mo halagüeños en una discusión surgida como consecuencia de un reciente error judicial.

El autor plantea un gravísimo problema en su conmovedora al par que curiosa novela, publicada primero en *La Ciudad de Dios* y traducida más tarde al italiano, donde sobre el severo pensamiento del penalista, esparce una sombra de horror y espanto, cual es la terrible impresión que la inspiró al verse su autor precisado a prestar los últimos auxilios espirituales a tres reos de muerte, ejecutados en el vecino pueblo de Guadarrama.

Relato algo irregular, semihistórico, semifantástico, pero intencionado, profundo, interesantísimo, de viva actualidad y grandemente conmovedor. Tiene capítulos magníficos escritos en una prosa que hubiera firmado el mismo Menéndez y Pelayo.

No queremos cerrar estas cuartillas sin hacer alusión a una de las fases más radiosas del espíritu noble y leal del P. Montes: la de su patriotismo. A esta faceta venían a concentrarse todas las soberanas luces que el estudio, la observación y la búsqueda de valores históricos traían a los horizontes ilimitados de su espíritu; a la manera que la virtud de la caridad incorpora y resume en sí de un modo singular, todas las demás virtudes cristianas, así el patriotismo era la pasión más fogosa que ardía en aquel corazón de generosos ideales. El amaba a España en la Historia, la amaba en la geografía, en la ciencia y en el ejército, en la política y literatura; en todas las artes, en todas las manifestaciones de su vida, y la amaba más aún en sus pasados desastres e infortunios; y porque la amaba así, cantaba sus grandezas y lamentaba sus derrotas; se enorgullecía con sus glorias y lloraba sus afrentas. No obstante, ningún amor sobrepujaba al cariño con que él idolatraba nuestra fe, si bien dicho amor lo había aprendido, precisamente en los héroes de la historia patria, enardeciéndose de entusiasmo al contemplar tanta creencia en nuestros valientes españoles, a la vez que se per-

suadía que en la historia no había héroes semejantes a los que profesaban la fe cristiana, y que las naciones más cultas, más gloriosas de la Historia, eran aquellas que habían puesto en sus banderas el signo victorioso de la cruz, y habían marchado a sus destinos iluminadas con los esplendores de la fe, demostrando cómo estas naciones se aproximaban a su ocaso, conforme se iba poniendo en ellas el sol divino de la religión, o despertaban potentes a nueva vida y a nueva gloria cuantas veces renacía en ellas el espíritu y la fe de los Clodoveos y Recaredos.

De ahí que todos estos escritos literarios del P. Montes sean un canto de Religión y Patriotismo, e incluso en los escritos ajenos a estas dos ideas brotan siempre llamaradas de esta su noble pasión de Religión y Patria, desposadas como en indisoluble abrazo conyugal. El que quiera saber cuál es la España que amaba el P. Jerónimo Montes, y cómo la amaba, lea su libro, análisis luminoso de la psicología nacional: «*El Destino*», cuyas tres ediciones se agotaron rapidísimamente.

Siguiendo nuestra costumbre de no hablar por cuenta propia de los escritos de nuestros hermanos de hábito, copiamos a continuación alguno de los juicios que la citada obra ha merecido a los críticos. «Trátase—nos dice *El Universo* de aquellos días—de una novela histórico-contemporánea, en la que el espíritu patriótico del autor, dolorido ante las desgracias de la Patria y exaltado en legítima indignación contra sus causantes se muestra rebosante de sinceridad. En lo que pudiéramos llamar literatura del desastre, quizá no haya otra obra igual».

Tiene capítulos espléndidos que parecen escritos con pluma de fuego en una lámina de bronce y con sangre aragonesa. Graba, tal como él sabe hacerlo, el verdadero concepto de patria española, que implica tradición, historia, creencias y costumbres, leyes e instituciones, todo, en fin, que en tiempos atrás constituía en política y religión el organismo santo de la Patria.

A conservar incólume este organismo, a deplorar su desquiciamiento, a trabajar por su reconstrucción se enderezaba esta intencionada leyenda novelesca juntamente con la siguiente titulada «*El Alma de Don Quijote*», íntimamente ligadas entre sí, haciendo, como se decía entonces, literatura patriótica.

«Su inspiración — nos refiere *El Noticiero Bilbaino* — se desenvolvió sin agitaciones febriles, sin románticas exaltaciones ni sentimientos exagerados. Sencilla y firme, majestuosa y segura de sí misma, dirigió con singular maestría la pluma del autor, para cristalizarse en escenas palpitantes de vida y de realidad; en dramatismos heroicos que emocionan; en abnegaciones sublimes que enternecen y admiran; en gloriosas muertes que dan vida. Todo eso es *El Destino*, intensa inspiración patriótica excitando la vida compleja de los sentimientos humanos, para conducirlos a las alturas de la justicia y hacerles presenciar toda la noble magnificencia y toda la repugnante villanía del careo entre la virtud, el valor y el heroísmo no reconocidos, pisoteados, y el interés, la cobardía y el crimen convertidos en triunfantes tiranos. ¡Soberbia contraposición!, que no engendra infructuosos pesimismo, como alguien ha dicho refiriéndose a este libro, sino que derrama raudales de esperanzas consoladoras, de ansias de regeneración nacional en la vilmente ultrajada alma española.»

El autor nos presenta en las páginas de su obra y con perfección cabalísima toda una raza de Quijotes y de Sanchos Panzas degenerados. Sirviéndole a la par de yugo vital, su ciencia criminalista que le apasiona por la justicia, y su cualidad de religioso que le da el temple de apóstol, trata de vindicar la honra de nuestro ejército. Página por página podríamos seguir calcando los trozos de su pluma acerada—no en vano se llama Jerónimo—que lo retratan y describen, lo compadecen y lo exaltan. Allí, a las verídicas figuras de prestigiosos jefes, se juntan las verosímiles de un Castro, de un Mariano, del Vizcaíno, y

sobre todo, de un Manuelico, el bravo baturro de gran piedad y ternura, simpático por su valor y sencillez, por su hondo compañerismo y hasta por su agorera superstición sobre el nefasto «Destino».

Todo nos habla allí de vivas al Ejército y a España, todo convence y enternece. «Leed—nos dice la revista *Razón y Fe* de aquellos días—y veréis pasar por vuestros ojos un ejército que se porta heroicamente, unos marinos que se abnegan hasta la muerte. Veréis un arrojo superior a la previa instrucción; valentía y piedad en una pieza, compañerismo sin límites, nobleza muy por encima de pérfidas emboscadas, de la explotación de inicuos subalternos, de traiciones aisladas y cínicamente recompensadas. Corazones veréis, muy tiernos para acordarse de la familia y del hogar, muy duros para medirse con enemigos dignos; levantados de ánimo para aceptar el reto aun con medios insuficientes y dispuestos a diluir en esperanzas su pesimismo. El amor materno y valor cívico de las Hermanas de la Caridad, lo veréis alternar allí con la paternal solicitud de los buenos oficiales. Veréis, en fin, el trance extremo de las cosas, la conciencia del momento histórico que estaba pasando, el desarme afrentoso, el sarcasmo de los mambises, el desfile fúnebre de los repatriados, la llegada a tierra de los reintegrados y el epílogo triste de lamentables recuerdos... Todo esto veréis y todo esto sentiréis en el alma, grabado al fuego del patriotismo sincero de un fraile.»

El éxito editorial, el unánime aplauso al par que la admiración y simpatía que despertó en toda suerte de gentes, y de un modo particular en las clases más sencillas, la lectura de esta narración novelesca, así como el hecho singular de haber logrado transponer nuestras fronteras, es sin disputa alguna el mejor panegírico de esta obra enteramente juvenil. Mejor que cuanto yo pudiera decir en este punto, lo expone con entera franqueza el crítico de *El Correo de Mallorca* al hablarnos de otro libro precio-



sísimo del Padre Montes, publicado ya en la revista agustiniana *El Buen Consejo* con el título de *El alma de Don Quijote*, y cuyas dos ediciones se encuentran totalmente agotadas. Sin las premeditaciones y los intentos del arte docente y con exponer con entera fidelidad y en su terrible grandeza los síntomas de la insurrección tagala; las infames campañas de la masonería, favorecedoras de la traición india cuando no causa eficaz de ella; los horrores del *Katipunán*; las figuras del general Polavieja y del general Blanco... por último, el hundimiento de nuestro poderío colonial y el fácil triunfo yanqui sobre nuestras debilidades de todo género. He aquí el fondo del cuadro novelesco que el P. Montes ofrece en su libro lleno de doctrina práctica, de datos y noticias que no conviene olvidar, de lecciones de experiencia llenas de provecho. Vivo en las descripciones, inflamado de ardor patriótico y escrito en limpio y vibrante castellano.»

El autor escoge por personajes a un coronel retirado, don César Iturralde, representante del honor militar hasta el desbordamiento del optimismo quijotesco de sana ley; al comerciante, también retirado, don Claudio Rebolledo, que personifica la fusión de la sensatez y el acendrado patriotismo; y al calabaceado estudiante, convertido en chico de la Prensa, Eliseo Morales, que simboliza el maridaje del egoísmo y vanidad personales con absoluta insensibilidad ante los graves asuntos de la cosa pública; y sobre el trato y relaciones de estos tres prototipos, teje una maravillosa traba de las rebeliones en Cuba y Filipinas, en la cual se ve, con toda su vergüenza y su siniestro horror, la serie de infamias, manejos ocultos, traicioneras perfidias y criminales atentados con que la Masonería, los pseudo-políticos, la Prensa sectaria y numerosos traficantes sin conciencia ni sentimientos de humanidad, nos llevaron a la pérdida de aquellos ricos territorios, al denigramiento de las Ordenes religiosas, al sacrificio de nuestros soldados y nuestros buques y a un agobio económico

espantosísimo. Al lado de tales amarguras y vilezas aparecen en el relato hechos de sublime heroísmo que suspenden de admiración el ánimo, y notas de patriotismo que sólo en país eminentemente católico pueden darse. Todo ello unido a la creación y condensación de tipos representativos muy bien sostenidos, así como al mérito de su pluma al saber rodear a dichos personajes antitéticos de las virtudes o vicios que se encarnan en ellos, contribuyen mucho al atractivo y simpatía grande, que despierta en el alma este magnífico relato, no obstante, la sombría grandeza del asunto, la sobriedad y parsimonia en el lujo descriptivo, el fondo de verdad histórica que le sirve de nervio y de fundamento, y particularmente la eficacia de un estilo siempre animado, rico de color y netamente castizo, el cual ostenta con gallardía todo su poder cuando el autor refiere los crímenes y abominaciones de los sin Dios, sin Patria, y sin Honor que maquinaron el desmoronamiento de nuestro poderío colonial; o cuando lamentando con heroica amargura semejantes ignominias, desborda su indignación en la frase áspera, cruda, desgarradora y hasta cruel, si cupiese crueldad al execrar tales hombres.

Multitud de libros, de discursos y de todo género de literatura se dieron a la publicidad a raíz de nuestra gran catástrofe; muy pocos o quizá ninguno, ilustran con mayor luz de verdad la inteligencia del lector en lo tocante a esta materia llena de admiración y de vida al calor de la pluma del P. Montes, que conocido casi exclusivamente como docto tratadista de Derecho penal y diligente excrutador de la médula científica de nuestros escritores clásicos, consolida así su renombre de literato, alcanzado ya en anteriores ensayos del arte de novelar. Esta obra—nos dirá el diario *Nervión* en su número correspondiente al 16 de noviembre de 1911—que lleva la triste misión de cantar las agonías sin gloria de un pueblo legendario, de un pueblo que en sus buenos tiempos fué más de una vez

árbitro de la política mundial y garantía de la paz en la tierra, necesariamente ha de producir en sus ilustrados lectores el trágico efecto del terror, como producto inevitable del contraste...

Las vigorosas pinceladas del poeta, los austeros juicios del historiador, las profundas reflexiones del filósofo y las justas apreciaciones del político, todo esto, manejado por un temperamento artístico poco aparatoso, pero muy sincero, hace que el *Alma de Don Quijote* sea el libro único en su clase y eminentemente nacional. En todas sus páginas se siente vibrar el clamor del patriotismo sensato, del patriotismo que rehuye la inspiración de la exaltación desconsiderada, pero que rompe en gritos de severa indignación ante las solapadas instigaciones del crimen, ante las vilezas de la miseria y del deshonor; y de tal manera se identificó el patriotismo del autor con el patriotismo de todos los buenos españoles, que se puede afirmar, sin riesgo de incurrir en exageraciones tópicas, que el patriotismo del P. Montes es el de la España verdadera.»

Aparte de estas obras de mero solaz y de índole histórico-literaria, en que puso el P. Jerónimo la inspiración y el brío de sus mejores años, alcanzando en buena ley celebridad y renombre de escritor elegante y genial, culto y castizo, publicó algunos otros relatos, como *El valor de un juramento*, *La felicidad por un duro*, la última novela de Tolstoy, que sin ser de tanta trascendencia no carecen sin embargo de interés. Bien pudiera dar por terminado este ligero análisis que de los escritos literarios de este concienzudo penalista agustino P. Jerónimo Montes vengo haciendo. No obstante, son todavía numerosos los estudios que acerca de muy diversas materias y especialmente de carácter histórico—además, claro está, de los jurídico-penales que estudiaremos más ampliamente en los capítulos siguientes—publicó en las revistas *La Ciudad de Dios* y *El Buen Consejo*, los cuales no han visto la luz



pública en volumen aparte, tales como el estudio sobre «El carácter de Felipe II», «El asesinato de la Emperatriz de Austria», «El asesinato del Rey de Italia», «León XIII en los conflictos internacionales de España», «El Japón y los japoneses descritos por los españoles del siglo XVI», «Eutanasio Ferrer, su obra y sus cómplices», «Examen crítico del problema de la ley de Asociaciones», «La juventud delincuente», «El factor religioso como medio preventivo y correccional en los pueblos cristianos», «Segunda parte de «La juventud delincuente», «La instrucción religiosa en Alemania y la intervención de la Iglesia en los planes de la enseñanza», «Esteban Pujasol y su tratado de fisonomía», «El tercer centenario de Santo Toribio de Mogrovejo», «Las reformas en la enseñanza», etc., etc., cuyo examen me veo precisado a omitir aquí, no ciertamente porque carezcan de mérito ni de interesante actualidad, sobre todo, algunos de ellos, ya que su autor nunca escribió en balde ni por el vano prurito de escribir, sino más bien por ser la mayor parte de los mismos de igual índole y condición que las obras ya estudiadas, y principalmente, por no extender más los límites de este capítulo.

Pero si esto me impide encarecer, en particular, la multitud de semejantes escritos, alguno de los cuales, no obstante, me duele muy de veras pasar en silencio, por ser tal su valor ascético y doctrinal que bastaría por sí solo para dar renombre a su autor de tildado publicista y consumado maestro en el problema difícil de la dirección espiritual de la juventud.

Me refiero a su libro titulado *Redención moral de la juventud o Ejercicios espirituales y lecturas piadosas para jóvenes universitarios*. Intimamente compenetrado con los deseos y aspiraciones de la juventud estudiantil, a la cual había consagrado, con los mejores años de su existencia, las energías de su incansable actividad, y conocedor como pocos de los males endémicos que hoy la aquejan, de la flaqueza y debilidad de todo corazón joven para resistir

el empuje avasallador no sólo de las pasiones, sino más bien de toda esa serie de factores morales que al presente le empujan por la pendiente del vicio, el autor, condolido de situación tan lamentable, de circunstancias tan críticas, quiere salvar a la juventud de ese naufragio universal en que se anega; desea robustecer esa naturaleza enfermiza causa del ambiente fétido que respira, y para ello nada más a propósito que ofrecer a los jóvenes un antídoto que no sólo embote y destruya las armas de sus adversarios, sino que al mismo tiempo infunda energía y valor para luchar con garantías de éxito en pro de su reconstitución moral.

Y ese preventivo maravilloso se lo presenta el P. Montes en las páginas de su ya citado libro, donde, como en fuente cristalina, pueden los jóvenes beber su felicidad y su misma bienaventuranza. Para ellos, si como Profesor de Derecho Penal, en este Centro escurialense, había escrito años atrás su valioso texto de esta ciencia española, para éstos, publica también ahora, como director espiritual de sus alumnos, esta obra de texto espiritual, que como hace constar su autor, durante más de veinte años, ha servido de meditación a los jóvenes de nuestro Colegio de Estudios Superiores de El Escorial y a los de otros Centros análogos y de segunda enseñanza.

Si hasta el presente—pues esta obra la escribió después de haber publicado la mayor parte de sus estudios jurídico-penales—, le habíamos visto escalar paso a paso y sin grande ruido el puesto más eminente en la ciencia jurídica, difundiendo destellos de saber muy poco común en todos los ramos del Derecho, y constituirse en maestro de muchos, cuyo nombre resuena glorioso en los ámbitos del foro; le habíamos visto igualmente, colocarse con honor en el número de los conservadores de las letras patrias, «La redención moral de la juventud», nos da a conocer sus admirables dotes de teólogo profundo, y sus rele-

vantes cualidades de director de almas que buscan y anhelan su perfección.

El fin nos lo declara el mismo autor en el prólogo: Contrarrestar en lo posible las malas lecturas que circulan por todas partes, tender al joven una mano amiga que le saque del abismo y poner a su alcance una tabla de salvación para que no perezca en medio del naufragio.

«A ti, ¡oh joven cristiano!—escribe—van dirigidas estas meditaciones, para ti las he compuesto, nos dice en una exhortación previa a la juventud. He penetrado hasta el fondo de tu corazón, y me has comunicado tus sentimientos, tus deseos, tus aspiraciones. Me has mostrado abierto el libro de tu conciencia, y en él he leído los peligros de la juventud, sus indecisiones y sus luchas, sus caídas y sus triunfos, sus vicios y sus virtudes. Se que tu corazón es generoso y dócil, amante de lo grande y de lo bello. Se también que un corazón joven puede hallarse extraviado; pero nunca o casi nunca enteramente pervertido. Si se le encauza por el camino del bien, está conquistado para Dios; si le combate el espíritu del mal, sucumbe fácilmente en la lucha» (1).

Obra meritoria es la del sabio profesor que descubre el velo tras el cual se ocultan los tesoros de la ciencia que, anhelosa, busca la juventud; pero más meritorio es el trabajo de un solícito y prudente director espiritual que la conduce por los caminos del bien, le enseña los caminos de la vida virtuosa y fortalece la débil voluntad contra tantos peligros de que en el mundo se ven rodeados por todas partes los jóvenes.

Aleccionado el autor por la experiencia de muchos años, ha podido observar la saludable impresión de sus meditaciones en el ánimo de los jóvenes y teniendo en cuenta las condiciones de los mismos, ha procurado, con mucho acierto, no cansarlos durante los ejercicios. Si el

(1) Montes, P. Jerónimo, O. S. A.: «Redención Moral de la juventud», Madrid, 1920: exhortación a la juventud; págs. V y sigs.

tema no presenta características propias, pues ya se sabe que un libro de ejercicios tiene materia fija e invariable, si la presenta en el modo de exponerla, en la manera de tratar y presentar las cuestiones. Desarrolla con tal acierto los puntos que ventila, expone con tal sencillez y maestría las verdades que enseña, se acomoda de tal modo a las inteligencias para quienes está escrito, y guarda tal conformidad con los gustos y costumbres del día, que más de una vez he visto aflorar lágrimas de contrición en los ojos de sus lectores, no dudando en calificarle como uno de los mejores libros y modelos acabados en pro de la redención moral de la juventud.

Si no temiera excederme en la ponderación de su valer y de sus bellezas diría que no conozco libro alguno más a propósito para conservar y reencender en el corazón del joven la llama urente y comunicativa de la gracia divina. En él está todo nuestro P. Montes, tal y como realmente era; con todas las cualidades más expresivas de su carácter; con su bondadosa sencillez; con su amor invencible a lo sentimental, a lo tierno y a lo delicado; con el raudal de su palabra luminosa y expresiva, abundante y pródiga; con aquel entusiasmo suyo, tan humano y comunicativo, al ponderar en arranques de verdadera elocuencia, las maravillas de la gracia, los efectos de la contrición, los prodigios de la misericordia divina, la paz y quietud del alma que recupera la gracia, etc., y mientras no se publique otro más perfecto y acabado, diré que él es el norte y punto de partida del retorno de nuestras juventudes cristianas y creyentes hacia Dios, proclamando con orgullo, a semejanza de lo que hizo en circunstancias análogas a éstas, un ilustre hermano de hábito, P. Miguelez: «Que si España tiene literatura ascética, una de sus mejores y delicadas al par que sentidas obras es ésta del Padre Montes.»

(Continuará.)